

La restauración del patrimonio, una cruzada nacional

Adriana Konzevik Cabib

A menos de dos semanas del sismo ocurrido el 7 de septiembre de 2017 con epicentro en Pijijiapan, Chiapas —cuya magnitud de 8.1 grados Richter lo ubicó como el más intenso en el último siglo, y que ocasionó graves pérdidas en vidas, infraestructura y patrimonio cultural en cinco estados, sobre todo en Chiapas y Oaxaca—, la Ciudad de México sufrió uno de los terremotos más devastadores de su historia, de magnitud 7.1 grados, con epicentro muy cerca de la capital, en los límites de Puebla y Morelos.

Minutos después del simulacro anual en la Ciudad de México, mientras quienes laboramos en el INAH completábamos el recuento de daños, organizando brigadas y emprendiendo tareas emergentes para atender las afectaciones al patrimonio cultural del sismo del día 7, la tierra volvió a sacudirse, poniendo en alerta al instituto en su conjunto y obligando a desalojar a todos los empleados de la sede central, ubicada en el Conjunto Aristos de la colonia Condesa en la Ciudad de México. A pocos momentos de haber finalizado el movimiento telúrico, y aún con el temblor en el cuerpo, el director general y algunos coordinadores decidimos marchar hacia Córdoba 45, sede histórica del INAH, para valorar si podíamos instalarnos ahí —pues era imposible regresar al Aristos, que a la postre desocuparíamos en definitiva—. El propósito era comunicarnos con los Centros INAH, recabar los primeros reportes y comenzar a concentrar el recuento de los daños, dar instrucciones de que se movilizara al personal para emprender las tareas de reconocimiento y reunir a las áreas a fin de definir la estrategia de acción en la emergencia; sin dejar de participar en el acopio de víveres y materiales para apoyar a los damnificados, pues allí mismo instalamos un centro de recolección.

PÁGINA SIGUIENTE
Arturo López Ramírez,
Templo y ex convento
de San Juan Bautista,
Tlayacapan,
Morelos, 2017.



OMNISES NOME



PÁGINA ANTERIOR

Centro INAH-Estado de México,
Templo de San Juan,
San Juan Tepecoculco,
Atlautla, Estado de México, 2017.

A las tres de la madrugada y con el alma hecha trizas, salimos de Córdoba para ver cómo estaban nuestras casas, sobra decir que muchas estaban inhabitables, como la de Aída Castilleja, la secretaria técnica. No era necesario avanzar demasiado en la cuantificación de daños para percatarse de que se trataba del mayor reto que el INAH hubiera enfrentado en sus cerca de 80 años de existencia, y de que la labor de restauración sería una epopeya nacional que llevaría semanas, meses y años de arduo trabajo y entrega, pues en cifras globales que conocemos actualmente, los sismos han dañado más de 4 500 bienes muebles y 2 340 bienes inmuebles —templos, conventos y capillas del periodo virreinal y del siglo XIX, así como edificaciones artísticas del siglo XX, pero también obra civil, arquitectura vernácula, museos, centros culturales y zonas arqueológicas—.

Fue así, merced a esta sucesión de temblores y miles de réplicas, como el paisaje de muchos pueblos y ciudades del centro y sur de México se vio drásticamente alterado. Por si esto no bastara, el 16 de febrero de 2018, otro movimiento telúrico de 7.2 grados Richter azotó la Costa Chica de Oaxaca y Guerrero.

Si hablamos de edificaciones perjudicadas por estado, en Oaxaca fueron 587; en Chiapas, 114; en Morelos, 259; en Puebla, 621; en el Estado de México, 279; en Guerrero, 95, entre ellos la iglesia de Santa Prisca; en Hidalgo, 13 inmuebles resultaron perjudicados; 27 en Tabasco y 14 en Veracruz. En la Ciudad de México fueron 197 los monumentos históricos vulnerados, como la Catedral Metropolitana, la Profesa y el templo de Nuestra Señora de los Ángeles, o la

zona chinampera de Xochimilco, incluido el antiguo conjunto conventual de San Bernardino de Siena, o la capilla de San Gregorio Atlapulco. No olvidemos que el Centro Histórico y Xochimilco forman parte del Patrimonio Cultural de la Humanidad reconocido por la UNESCO, igual que los conventos de las laderas del Popocatepetl, donde la naturaleza pareciera haberse ensañado especialmente.

La descomunal tarea se desarrolló —y se desarrolla— en intensas jornadas de trabajo de buena parte de los compañeros de la institución, en campo y gabinete. Inmediatamente, la Secretaría de Cultura y la Dirección General del INAH establecieron mecanismos de coordinación entre los tres niveles de gobierno para cumplir con la delicada responsabilidad de identificar y diagnosticar daños, armar el esquema de financiamiento de la recuperación y elaborar el plan maestro para la restauración de los inmuebles por destino y bienes muebles asociados a éstos. Inicialmente se integraron 48 brigadas interdisciplinarias con más de 1 100 especialistas y con elementos de apoyo operativo para verificar dónde, cuáles y cuántas afectaciones habían sufrido los inmuebles históricos y los bienes muebles.

La Coordinación Nacional de Centros INAH estableció el programa Centro INAH apoya a Centro INAH, que implicó movilizar hacia los estados con más daños a algunos directores, gestores, arquitectos, arqueólogos y restauradores de Centros no afectados, tarea que continúa. Para enfrentar la tragedia contábamos con la experiencia de anteriores desastres naturales. Ésta nos sirvió en su momento

para crear un sistema de protección civil sustentado en la participación social y la intervención de los tres niveles de gobierno; un mecanismo de atención gubernamental a desastres naturales, que dio cabida al patrimonio cultural en el Fonden, y un esquema institucional de prevención de daños incidentales al patrimonio arqueológico e histórico de México, del cual surgieron PreVINAH y, especialmente, el seguro institucional de cobertura amplia, que en buena medida nos ha permitido enfrentar los enormes costos económicos de la restauración.

Poco a poco se fue integrando y depurando el censo de inmuebles y de bienes afectados, se les clasificó en menores, moderados o severos, y se recibieron mensajes y fotografías de los avances de las brigadas. Toda esta información se sistematizó en una base de datos que sirviera a todas las instancias de gobierno para tomar decisiones, y a los mexicanos en general. Se creó la oficina de sismos, y las coordinaciones nacionales del INAH integraron un comité de emergencia, encabezado por el director general, que desde entonces no ha dejado de sesionar puntualmente cada semana.

También —con el destacado concurso de las coordinaciones nacionales de Monumentos Históricos y de Conservación del Patrimonio Cultural, así como de especialistas y académicos externos— se formó un comité técnico-científico que analiza los problemas de mayor complejidad en materia de restauración y preservación. Y adicionalmente casi un centenar de trabajadores del instituto —a los que se fueron sumando estudiantes, miles de profesionistas, obreros, artesanos y

ciudadanos en general— participaron y participan en esta cruzada nacional de recuperación del patrimonio dañado, así como gobiernos estatales y municipales, asociaciones religiosas, sacerdotes, mayordomías, comités de fiesta y, sobre todo, grupos comunitarios o barriales.

El plan maestro —en constante ajuste—, que la Secretaría de Cultura y el INAH articularon para la recuperación del patrimonio cultural, se dividió en tres fases: la primera, para atender las acciones emergentes, la ponderación del daño, la consecución del esquema de financiamiento y la conclusión de la restauración de algunos inmuebles con daño menor, en el horizonte de octubre de 2017 a marzo de 2018; la segunda, para concluir la asignación de fondos a todos los trabajos que hubiera que realizar, atender la elaboración de proyectos de mayor complejidad, concluir los trabajos de daños menores y buena parte de los moderados, y contar con las propuestas de intervención para todos los inmuebles afectados, en el horizonte de abril a noviembre de 2018. Y la tercera, para concluir el programa emergente de restauración de bienes culturales afectados por los sismos, conformar un esquema de atención preventiva a futuro y finalizar la mayoría de las intervenciones de complejidad extrema, entre diciembre de 2018 y diciembre de 2020.

En octubre de 2017 se presentaron los complejos expedientes para conseguir los apoyos parciales inmediatos de Fonden, por casi 150 millones de pesos, muy útiles para apuntalar los monumentos y resguardar bienes, tareas a las que se sumaron



Teresita Miravete. *Templo de Santiago Apóstol*, Santiago Tochimizolco, Tochimilco, Puebla, 2017.

con total compromiso las comunidades. De inmediato se formularon los expedientes para la Fase II, Reconstrucción del Fonden, por lo que en noviembre se subieron al sistema de dicho fondo, en tiempo y forma, los datos de casi 1 200 inmuebles. En paralelo se emprendió el trabajo de conciliar los daños con el seguro del INAH, para lo cual las áreas administrativa y jurídica y los Centros INAH efectuaron exhaustivos recorridos con arquitectos restauradores y con los ajustadores por más de 2 500 inmuebles.

Es digna de resaltar la solidaridad de otras instancias, como la Secretaría de Turismo, que otorgó apoyos por 18.6 millones de pesos para seis monumentos históricos que día con día atraen a centenares de turistas, como La Pila de Chiapa de Corzo, Chiapas; el templo de Santa Prisca en Taxco, Guerrero; el mirador del antiguo convento de Nuestra Señora de la Natividad en Tepoztlán, Morelos; el ex convento de San Juan Bautista en

Tlayacapan y la zona arqueológica de Teopanzolco, en Morelos; el templo de Nuestra Señora de los Remedios de Cholula, Puebla, y el Convento de Santo Domingo de Guzmán, Museo de las Culturas de Oaxaca.

Fundación Harp destinó considerables y generosos apoyos a Oaxaca, sobre todo a la zona del Istmo, incluso para el tema de la arquitectura vernácula. La Fundación Slim ayudó a solventar labores inmediatas de apuntalamiento y seguridad con lonas, cuerdas y plástico. La Fundación Azteca aportó recursos para los inmuebles históricos afectados en Malinalco, Estado de México, y el rejoneador español Pablo Hermoso de Mendoza y FEMSA donaron al estado de Puebla 4.8 millones de pesos para la restauración de las capillas de la Concepción, San José y la Verónica, así como del templo de San Diego de Alcalá, por medio del Fideicomiso Fuerza México. No se quedó atrás la comunidad internacional, que ha brindado apoyos



económicos y ha organizado misiones de asistencia e intercambio técnico-académico; tales son los casos de la UNESCO, la Unión Europea, el gobierno francés y la Universidad de Roma.

De las 42 zonas arqueológicas afectadas se censaron las estructuras lastimadas y se elaboraron de inmediato los dictámenes técnicos. Entre las más dañadas figuraban Cacaxtla-Xochitécatl, Tlaxcala; Tehuacán, Puebla; Iglesia Vieja y Toniná, Chiapas; Dainzú y Monte Albán, Oaxaca; Malinalco, Estado de México, y Xochicalco y Teopanzolco, Morelos. En la actualidad el 95% está restaurado.

No podemos soslayar que una parte fundamental de todo este proceso ha sido generar un registro videográfico y fotográfico de los daños al patrimonio debido a los sismos; de los procesos de restauración íntegros, tanto de bienes inmuebles y muebles, pero también de las propias comunidades y su relación con dicho patrimonio. Si bien no todas las fotos de este fondo documental son de gran calidad, dada la situación de emergencia en que se llevó a cabo el registro, siempre hay una mirada que destaca, una lente que capta aspectos imperceptibles en el fragor de los trágicos sucesos.

No obstante —y dado que han sido realizadas por muy distintas manos, por las de los trabajadores del propio instituto que estuvieron ahí—, eventualmente este fondo constituirá una fuente documental medular para la conservación del patrimonio. Esperamos que quede resguardado en formato digital en la Fototeca Nacional del INAH. Otra pe-

culiaridad del proceso es que sobre la marcha fuimos documentando los lugares georreferenciados, con todos los datos geográficos, los del inmueble, y desde luego con la fecha y hora de la toma. Quizá éste sea un caso único en la historia de la Fototeca, una metodología que, sin duda, sentará un precedente.

Para mantener a la sociedad participante y debidamente informada, la Coordinación Nacional de Difusión generó un diseño para la campaña de medios, con un eslogan que transmitiera un mensaje fundamental: el patrimonio cultural es de todos y restaurarlo es una tarea común, y que al mismo tiempo reconociera la participación decidida que otras instancias, grupos y comunidades han tenido en el proceso.

Después de largas discusiones internas decidimos usar la frase “Recuperemos juntos nuestro patrimonio cultural” para adaptarla de acuerdo con el progreso de las tres etapas del plan de acción que la Secretaría de Cultura y el INAH establecieron en los primeros días. Así, en la segunda etapa —en la que estamos actualmente— el lema se modificó a “Estamos recuperando juntos nuestro patrimonio cultural” y en la tercera a “Hemos recuperado juntos nuestro patrimonio cultural”. Generamos un manual para la imagen gráfica, las gamas de colores, tipografías con ejemplos de uso que facilitara a los distintos receptores la asociación inmediata con el instituto; es decir, una composición reconocible como información emitida por el INAH específicamente sobre el patrimonio cultural afectado por los sismos, independiente del área que la

hubiera generado y del soporte que tuviera; se fijaron algunos criterios generales como habilitar un correo y teléfonos únicos de contacto para mantener canales abiertos de comunicación; se estableció el uso de términos técnicos específicos (por ejemplo, evitar el término *reconstrucción*). Así, en conjunto con la Dirección de Medios de Comunicación y de todas las áreas técnicas del instituto surgió una campaña que tiene su reflejo en programas de televisión, documentales y cápsulas televisivas y radiofónicas, boletines de prensa, folletos y, por supuesto, en redes sociales. Se actualizó el libro *Conservación Preventiva para Todos* con un rubro específico para sismos; se imprimieron lonas informativas para los inmuebles en los que se está trabajando; se levantó un registro fotográfico y videográfico de los daños; se levantaron testimonios de la gente; se hicieron carteles, infografías, notas informativas, animaciones y se editaron folletos con información general sobre los inmuebles y muebles dañados, “¿Qué hacer en caso de tener patrimonio histórico dañado?”, que responden a las preguntas más frecuentes y explican con sencillez el plan de acción, entre muchas otras.

Asimismo, la primigenia base de datos casi manual que surgió el 19 de septiembre devino sistema informático, en él se centraliza y actualiza la información del patrimonio cultural afectado para darle seguimiento puntual y hacer transparente el proceso de restauración.

Es de imaginar que la enorme cifra de inmuebles patrimoniales dañados, la magnitud de afectaciones sufridas y su relevancia social, histórica, es-

tética e identitaria, demandaron del INAH, de la Dirección General, las secretarías Técnica y Administrativa; las coordinaciones nacionales, especialmente las de Centros INAH, Monumentos Históricos, Conservación y Restauración del Patrimonio Cultural, Arqueología, Museos, Antropología y Difusión; de casi todos los Centros INAH, y de cientos de profesionales, técnicos y manuales mucho tiempo y esfuerzos adicionales en condiciones especialmente difíciles, pues aunque el propio INAH resultó damnificado y tuvo que reubicarse en sedes alternas —en condiciones de trabajo francamente complejas— debió seguir atendiendo la ingente emergencia nacional sin descuidar su quehacer cotidiano.

También destaca la complejidad técnica implícita en la restauración y puesta en valor del patrimonio cultural, pues no se trata de reconstruirlo, sino de restaurarlo cuidadosamente con procesos especializados, sistemáticos, autocontrolados y normados nacional e internacionalmente. Se trata de procesos fundados en la investigación histórica y en la reutilización de materiales y técnicas constructivas originales, lo cual de ningún modo excluye las modernas tecnologías que, por supuesto, han sido incorporadas.

A casi un año de los sismos del 7 y 19 de septiembre, la Secretaría de Cultura, a través del Instituto Nacional de Antropología e Historia, ha realizado una titánica labor en la recuperación del patrimonio cultural afectado. En cifras actualizadas, y gracias a la magna acción conjunta de instituciones y ciudadanos a nivel nacional, en los 11 estados



Centro INAH-Estado de México, *Santuario de Sacromonte y Cueva Sacromonte*, Cerro del Sacromonte, Amecameca de Juárez, Estado de México, 2017.



cuyo patrimonio cultural se vio afectado se han restaurado y entregado 450 inmuebles; se encuentran en proceso de intervención más de 747 y se iniciarán intervenciones en otros 1 240, con proyectos ya elaborados y expedientes ingresados a las respectivas fuentes de financiamiento.

Al respecto, es menester puntualizar que todo el abordaje del INAH en estas tareas es impensable sin la participación del personal de todas y cada una de sus áreas, y lo más importante: gran parte de lo descrito hubiera sido imposible sin el concurso de la sociedad entera, pero especialmente de los pobladores de las localidades con inmuebles patrimoniales dañados. Pese a que el INAH aporta el conocimiento y la pericia técnica para conservarlo o supervisar su restauración, sus recursos económicos y humanos son siempre insuficientes. Además, el sentido comunitario y la percepción de lo que fue y es central e identitario, si bien persiste a través de generaciones, se va modificando y se incorporan nuevos elementos. La sabiduría en torno a su valor es de los individuos cuyas vidas se organizan en sociedad y cobran sentido al desarrollarse en torno al atrio de la iglesia, al escuchar el tañer de las campanas, al encomendar el ciclo agrícola a las imágenes del santo que sus mayores han venerado desde que ellos tienen uso de razón y que, seguramente, ha sabido escuchar sus rezos, porque todavía estamos vivos.

Entre las múltiples enseñanzas que nos dejó esta desastrosa secuencia de sismos está el hecho de que los daños quizá impactaron mucho más a las

relaciones sociales y culturales que estructuran el tejido social que a los propios bienes; que necesitamos generar sistemas de información que faciliten la gestión, la toma de decisiones, y que garanticen la transparencia; que es preciso invertir en la capacitación de mano de obra técnica calificada, en el rescate de oficios y técnicas tradicionales, tanto como en crear protocolos y acuerdos aún más eficaces para asegurar el adecuado mantenimiento de los bienes culturales nacionales. También nos enseñaron lo importante que resulta revisar permanentemente el concepto de patrimonio cultural, que se crea, amplía y resignifica cotidianamente en las comunidades, pero que no siempre tiene un reflejo legal que permita protegerlo.

Pero quizá el máximo reaprendizaje para el INAH, que nos estimulará a trabajar sin descanso hasta devolverle su esplendor a nuestro vasto patrimonio, es el valor, la solidaridad, el sentido de comunidad, la reciprocidad y la grandeza del tejido social nacional, estructurado en buena medida en torno a los bienes, valores, símbolos y referentes que constituyen los muchos patrimonios culturales de esta nación multilingüe, pluricultural y socialmente heterogénea que llamamos México.

Adriana Konzevik es historiadora con estudios en producción editorial y periodismo. Es editora, conferencista y ha desempeñado varios cargos en el INAH, INBA y FCE. Es autora de diversas publicaciones, entre las que destacan *Luces sobre México, catálogo selectivo de la Fototeca Nacional del INAH* y *El Gran Museo del Mundo Maya en Mérida, Yucatán*. Es miembro fundador de la revista *Alquimia*.

